

ALIANZA EDITORIAL

ALIANZA
UNIVERSIDAD

ULTIMOS TITULOS

38

Marx W. Wartofsky
Introducción a la filosofía
de la ciencia, 1.
384 págs., 220 ptas.

39

Marx W. Wartofsky
Introducción a la filosofía
de la ciencia, 2.
686 págs., 200 ptas.

41

**Lancelot Law Whyte,
Albert G. Wilson,
Donna Wilson**
Las estructuras jerárquicas
352 págs., 200 ptas.

43

W. V. Quine
Filosofía de la lógica
192 págs., 120 ptas.

45

**Jean Piaget,
W. J. M. Mackenzie,
Paul F. Lazarsfeld y otros**
Tendencias de
la investigación
en las ciencias sociales
640 págs., 280 ptas.

47

Carl G. Hempel
Filosofía
de la Ciencia Natural
174 págs., 120 ptas.

48

Alec Nove
Historia económica
de la Unión Soviética
432 págs., 240 ptas.

50

Ludwig Wittgenstein
Tractatus
Logico-Philosophicus
Introducción
de Bertrand Russell
232 págs., 140 ptas.

ARTE • LETRAS • ESPE

de no fácil lectura (en parte, por lo desordenado del estilo pavesiano), constituye una buena introducción a un universo preñado de símbolos y premoniciones, en el que la fatalidad y la recurrencia ordena todos los asuntos humanos. El laconismo de la expresión, los odios y recelos de los protagonistas, los rituales domésticos y las referencias tácitas a una historia y a unos sucesos no por ocultos menos lacerantes, son los elementos que enmarcan la situación de la voluntad trágica de Pavese. Con una prosa de muy difícil versión a otro idioma —lo que su traductor, Angel Sánchez-Gijón, ha conseguido plenamente (cosa fácil de percibir si se conoce el estilo de Pavese, por muy escasas nociones que se tengan de italiano)—, el relato avanza hasta ofrecernos todos los componentes y claves de una tragedia que, desencadenada por el ciudadano intruso, sólo a él aturdirá. Una composición densa y significativa, protagonizada realmente por la fatalidad, el mito y el estupor. ■ E. CHAMORRO.

Mauricio Dekobra: ha muerto un superviviente

¿Recuerdan ustedes «La madona de los coches-cama»? Su autor, Mauricio Dekobra, acaba de morir. Tenía ochenta y ocho años, y aún el año pasado escribió —para el cine— una revisión, una actualización de su famosa novela, que esta vez se llama «La madona de los Boeings». Dekobra fue uno de los maestros de la literatura del cosmopolitismo —de la que el «chef de file» sería Paul Morand, el de «La Europa galante», superior sobre todo por su estilo, por la calidad de su francés admirable—, cronistas de una época de entre dos guerras, alucinados por el largo y estimulante recorrido

del Oriente Express —desde Londres, estación Victoria, hasta Estambul—, mundanos, con personajes masculinos que eran elegantes y modernos donjuanes, y con personajes femeninos que eran lánquidas, misteriosas, perfumadas, alhajadas criaturas de piel blanca y sensible... Dekobra, sin embargo, supo descender a ambientes más realistas, a entrar en otra sociedad que perecía y sufriría para servir el lujo a la élite —«Ha muerto una cortesana»—, informado quizá por el espíritu del reportero que fue en su origen.

En España, Dekobra fue muy traducido, muy editado. «La madona...», «La góndola de las quimeras», «La calle de las bocas pintadas», «Confucio en pull-over», «Nuestra señora del bello suplicio», «Fusilado al amanecer...» Incluso él, su generación, tuvo una influencia en una curiosa y olvidada generación española de novelistas poco recordada y de muy distintas calidades: Alberto Insúa, Rafael López de Haro, Eduardo Zamacois, Pedro Mata... Paul Morand alcanzó más a los intelectuales; Guido da Verona, a los líricos del erotismo de salón; Mauricio Dekobra, a los escritores y a los lectores más populares.

Todo se lo llevó la guerra. Trajo realidades más concretas, esperanzas y decepciones nuevas, ambientes en los que los supervivientes de aquella generación se movían ya como fantasmas nostálgicos. Aún se seguía vendiendo «La madona de los coches-cama» (traducida a 32 idiomas, 850.000 ejemplares en todo el mundo, según contabilizaba la noticia de la muerte de Dekobra), aún el anciano escritor seguía aferrado a su pluma. Y Paul Morand se momificó en la Academia, donde finalmente consiguió entrar venciendo las dificultades que le creó su colabora-

ciónismo —fue diplomático con Pétain— y escribiendo aún novelas que todavía tienen un estilo cálido y terso, pero cuyo encanto secreto se ha perdido para convertirse en algún considerable disparate narrativo (como «Los flageladores de Sevilla»). La noticia de la muerte de Dekobra, que hace cuarenta años hubiese sido de primera página, se pierde ahora en algunas líneas interiores de los pocos periódicos que la recogen.

Sobre el krausismo

El trabajo de Jiménez-Landi, «La Institución Libre de Enseñanza», se anuncia poco menos que como la aportación que viene a llenar la laguna existente en los estudios sobre la Institución Libre de Enseñanza: «no existía hasta ahora un estudio minucioso y rigurosamente elaborado como el realizado por A. Jiménez-Landi». Promesa evidentemente excesiva a la luz de lo que proporcionan sus ochocientas páginas largas. Para comenzar, advertimos que se trata de una aportación documental de primera importancia. Posiblemente

el libro hubiera cobrado otro valor si Jiménez-Landi, en lugar de pretender bosquejar una imagen completa de la génesis de la Institución, se hubiera ceñido a una edición de materiales y a presentar monográficamente sus investigaciones sobre los orígenes familiares de los fundadores de la Institución. Vinculado personalmente a la misma, ha podido tener conocimiento de datos y acceso a archivos privados que permiten una acumulación documental difícilmente accesible para un investigador profesional. Y, no cabe duda, los datos familiares son básicos para entender con precisión la raíz sociológica del liberalismo krausista e incluso, posteriormente, para llegar a estimar su funcionamiento como núcleo relativamente cerrado, articulado sobre un eje de poder en torno al cual se sitúa un complejo de relaciones familiares. Lo malo es que, además de aportar datos, Jiménez-Landi aspira a interpretar, y aunque,afortunadamente, en la génesis de la Institución importante ante todo los datos positivos, la buena erudición de Jiménez-Landi acaba por naufragar ante la obsolescencia de

ANAGRAMA DE ENSAYO 1973

La editorial Anagrama convoca por segunda vez el premio Anagrama de Ensayo, que el año pasado, en su salida, fue declarado desierto. Pueden optar a este premio obras literarias —con preferencia, trabajos de imaginación crítica a los de carácter erudito o estrictamente científico—, que podrán desarrollar uno o varios temas agrupados de forma orgánica. El Jurado atenderá especialmente aquellos trabajos que representen una apertura en el concepto literario de ensayo. El Jurado está compuesto por Juan Benet, Salvador Clotas, H. M. Enzersberger, Luis Goytisolo, M. Vargas Llosa y, sin voto, el editor Jorge Herralde. El premio consistirá en un objeto artístico, y el autor premiado percibirá cien mil pesetas de adelanto sobre los derechos de los diez mil ejemplares de primera edición.

sus juicios, tanto sobre la dinámica de la sociedad española como sobre las ideas del grupo sometido a estudio. Cabría citar multitud de ejemplos, pero valga por todos la descripción de la caída de la Primera República. Al margen del asalto al lector que supone la falta de elaboración de la masa de textos que se le ofrece, con citas de documentos de varias páginas de extensión que, en el caso de los de mayor interés, podría haberse llevado a apéndices, o al menos bosquejados un análisis como alternativa.

El balance del libro de Jiménez Landi es, pues, enteramente positivo en cuanto a acopio de documentación, de escaso valor en el análisis de la misma. Se trata por lo demás de un primer volumen al que debe seguir el estudio propiamente dicho de la Institución, en cuyos prolegómenos se detiene ahora el autor. Esperemos que en el segundo volumen queden superadas las estrecheces del presente y por lo menos se logre el rigor que para el conocimiento de su obra hubiera deseado el propio Giner de los Ríos. ■ ANTONIO ELORZA.

Nueva revista: «Gaceta Literaria»

En estos últimos años, la escasez de revistas «culturales» ha sido tan notable como el fervor de los editores por traducir. Estos dos datos bastarían por sí solos para explicar la desorientación general. La responsabilidad de la crítica de la cultura no debe recaer, fundamentalmente, sobre algunos diarios y semanarios, como viene sucediendo. Los instrumentos adecuados son aquellos que están concebidos exclusivamente para ello y que responden a unas características de periodicidad más extensa (mensual, trimestral), de carácter especializado (frente a la publicación de información general),

con un público muy definido y una orientación muy precisa. Para que exista una vida cultural «normal» deben existir estos instrumentos en número y calidad suficiente.

Por estas razones nos alegra la aparición de «Gaceta Literaria». Nada, a no ser el título, recuerda la publicación que dirigiera Giménez Caballero. Esta es de un formato de libro alargado, de una compaginación sencilla, y sin ese regusto en la composición y presentación que ha caracterizado siempre a las revistas literarias. La periodicidad es trimestral.

El contenido de la revista se estructura en tres partes: aportaciones, materiales y notas y reseñas. La primera recoge trabajos teóricos de J. de Dios Luque y J. C. Rodríguez, de los que hay que valorar no sólo la densidad, sino el esfuerzo por la claridad. M. Sacristán se nos vuelve a ofrecer como estupendo crítico literario, esta vez sobre un tema contemporáneo, Joan Brossa, y Joaquín Molas publica uno de esos trabajos que difícilmente hubieran podido encajar en otra revista que no fuera especializada: los ensayos de Ferrater.

El capítulo «Materiales», dedicado a la creación literaria, tiene dos aciertos: la publicación del poema de Pasolini, «Le ceneri di Gramsci», traducido a pie de pá-

gina, y de unos fragmentos de la novela inédita e inacabada de Luis Martín Santos, «Tiempos de destrucción». El que sea un acierto histórico literario la publicación de este texto del autor de «Tiempo de silencio», no quiere decir nada más. Creo que en este caso la retórica de Martín Santos llega a límites inaceptables, el lenguaje pierde su eficacia y la pretendida ironía se queda en una mueca. He aquí un párrafo: «Es preciso, ante todo, unificar el tono vital de los que se convierten en corifeos, de este olvidado arte recíproco del "exhibirse", siendo "actor-contemplador" de la misma multitudinaria pantomima, por todos simultáneamente repetida, por todos simultáneamente gozada, en todos virulentamente vivida, "rio-rio-de-ti" "ri-tú-de-mi", dionisiacamente oferta, mesiánicamente cada uno oblató a la colectividad para que coma de él, canibalísticamente devore su ridículo ofrecido y en otro movimiento centrípeto que a la centrifugosidad de la oblación se corresponda, dé materia de ridiculofagia a cada uno de los alrededor-presentes sicofantes, anélicos, apenas segmentados profanadores del respeto propio que, yo el primero, deliberadamente sacrifico».

Por fin, «Gaceta Literaria» dedica a la crítica de libros su último

—y quizá no suficiente— espacio. Especialmente oportuna la de Alvaro Salvador sobre «Literatura y pequeña burguesía», de Mainer.

El equipo de Redacción está formado por Juan Antonio y Alberto Méndez, Juan Carlos Rodríguez, X. Alonso Montero, Montserrat Roig y María Esther Benítez Eiroa; esta última, como secretaria. La directora de la publicación es María Concepción Benítez Eiroa. ■ C. ALONSO DE LOS RÍOS.

Diez-Alegría, jesuita prohibido

Manuel Leguineche, con la colaboración de Torres Murillo y Fermín Cebolla, publican este «libro informe» (1) que, con excelente y ameno estilo periodístico, sabe presentarnos una completa panorámica de las ideas y los hechos en torno a la confesión religiosa del Padre Diez-Alegría, S. J., titulada «Yo creo en la esperanza».

Pocos libros en la historia de nuestro catolicismo patrio, en buena parte decadente, han tenido el éxito y la difusión de este sencillo y sincero libro, donde el

(1) «Diez-Alegría, jesuita prohibido», M. Leguineche, Torres Murillo y F. Cebolla. Prólogo de J. L. Aranguren. Fundamentos.

jesuita Diez-Alegría cuenta su vida religiosa y sus convicciones íntimas. Este nuevo libro informe sobre el autor jesuita y sus ideas ha de ser suma-



mente útil para centrar bien la cuestión sin sensacionalismos, sino dándole la seriedad informativa que requiere un tema de este género.

Este trabajo informativo tiene la ventaja de que está cuidado desde el punto de vista teológico, evitando lo que ha pasado algunas veces al analizar estos problemas religiosos, y que ha quitado categoría a los trabajos de análisis efectuados.

Con verdadero acierto se mezcla la anécdota y la idea, el hecho y el pensamiento, por lo cual creo que quien coja esta obra no podrá dejarla hasta terminar su lectura, y aprovechará, además, el tiempo. En una segunda edi-

ción deberían de corregirse algunos detalles. Por ejemplo, lo relativo al teólogo Charles Davis, que se le hace jesuita sin serlo. Fue un teólogo inglés muy conocido en la Iglesia católica y muy apreciado en la misma que, por motivos de conciencia, se creyó obligado psicológicamente a salir de la estructura del catolicismo. Publicó también unas confesiones religiosas interesantes, pero de menos profundidad vital, en mi opinión, que las de Diez-Alegría, que, por otro lado, y a diferencia de Davis, se encuentra dentro de la auténtica tradición católica; no de la tradición cerrada de estos últimos siglos, pero sí de la abierta y vital de tantos personajes de la historia católica que hoy son reivindicados oficialmente por la Iglesia después de muchos avatares —alabanzas y condenaciones— en sus vidas.

Yo estoy seguro que al Padre Diez-Alegría le va a ocurrir lo mismo, lo que no sé es cuándo pasará esto; pero la Iglesia oficial terminará por reivindicar su figura de sinceridad cristiana, como ha hecho con otros muchos hombres discutidos. La única diferencia —a su favor— es que hoy, su postura se encuentra avalada por muchos teólogos y pensadores católicos.

Es pena —y yo me siento culpable de ello también— que el cuestionario enviado por Leguineche a conocidos escritores y pensadores católicos de España, no haya de obtener sus contestaciones nada más que en muy pequeño número. En una segunda edición sería de gran interés que se ampliasen estas contestaciones por un lado, y por otro se pudiera conocer mejor el texto del principal contradictor de Diez-Alegría, el compañero de Orden Padre Igartua. Este conservador jesuita, que se ha opuesto públicamente a las posturas del Padre Diez-Alegría, ha escrito un libro cuyas inciden-

